

CAPITULO V.

Expedición de los españoles á Sicilia como auxiliares de los cartagineses. — Insurrección de los baleáricos. — Sublevación de los mercenarios y los africanos. — Dominación cartaginesa. — Resistencia y derrota de los naturales.

ANTES de dominar por completo la Península ibérica, los cartagineses creyeron sin duda mas conveniente á sus intereses (y á causa de las varias guerras que estaban sosteniendo á la sazón contra lejanas y poderosas naciones) fingirse amigos de los españoles, ó al menos demostrar hácia estos intentos pacíficos y dejar de hostilizarlos por algun tiempo, para sacar del suelo hispano los soldados y el dinero que necesitaban.

En el año 480 antes de Jesucristo, famoso por la expedición de Jerjes, dícese que tuvo lugar la no menos famosa á Sicilia de los cartagineses auxiliados por los españoles.

El pretexto de tan larga y sangrienta campaña (que se supone duró cerca de dos siglos), y en la cual figuran generales tan célebres y entendidos como Hannon Himilcon, Aníbal Gisgon y Amílcar Barca, fue la rivalidad entre Cartago y las colonias griegas del Mediterráneo, cuya preponderancia marítima parecía ser un reto y una humillación para la soberbia y opulenta república africana.

El P. Mariana indica que la primera expedición á Sicilia se componía de dos mil cartagineses é igual número de españoles, á los que fueron agregados quinientos honderos mallorquines. La segunda fue mas considerable, pues en ella figuran diez mil españoles.

Para granjearse la benevolencia de los naturales y hacerlos servir de poderosos instrumentos para acometer sus titánicas y belicosas empresas, los cartagineses devolvieron su antigua libertad á los gaditanos, así como sus leyes y sus fueros, y quitaron la guarnición de algunas plazas. No obstante, prohibieron á los españoles la construcción y posesión de galeras.

Parece que los honderos de las Baleares prestaron grandes servicios en la segunda campaña y contribuyeron al buen éxito de una de las mas tremendas batallas que trabaron los cartagineses contra los siracusanos ó sicilianos.

Háblase, por fin, de otra expedición en que los españoles se prestaron, en gran número, á servir de auxiliares á los de Cartago, y á ganar no pocos laureles para los que debían considerarse como los mas acérrimos enemigos de su nacionalidad é independencia. Pudiéramos citar el asalto de Selimonte y el sitio de Agrigento, cuya última ciudad defendía el poderoso tirano Dionisio, como otras de las muchas proezas y hazañas cuyos héroes fueron los guerreros de nuestra patria.

La conquista de Sicilia por los cartagineses originó mas tarde la primera guerra púnica, cuya duración fue de veinte y cuatro años.

El resultado de aquella lucha fue la derrota de los de Cartago por los romanos, quienes despues de un célebre combate naval, en que obtuvieron una brillantísima victoria sobre la numerosa flota de los cartagineses, sus rivales, expulsaron á estos de dicha isla y de la de Cerdeña.

Los reveses sufridos en Sicilia, y los inmensos tesoros agotados en la interminable lucha que acabamos de referir, ocasionaron que los cartagineses volvieran los ojos hácia España, y por vía de indemnización y resarcimiento, resolvieran completar la conquista de esta nación. Otro de los móviles que pudo impeler á los de Cartago á la realización de dicha conquista era el contrarestar el poderío de Roma y como en venganza del humillante y duro tratado de paz que ajustaran con los romanos en Sicilia.

Durante la guerra de Sicilia, segun refiere el P. Mariana, tuvo lugar la insurrección de los gimnesios ó mallorquines contra sus dominadores, cuya guarnición mataron y á cuya armada forzaron á salir del puerto (donde estaba anclada á la sazón) con una espesa lluvia ó granizada de piedras. Viendo, por fin, los cartagineses que la cólera é irritación de los isleños no se calmaba, viéronse precisados á hacerse á la vela hácia su patria.

En vista de lo que ocurría, el Senado cartaginés resolvió mandar á las Baleares á Amílcar Barca, general que reunía excelentes dotes y cualidades para atraerse las simpatías y voluntades de los pueblos, el cual logró con su pericia volver á la sumisión y obediencia á los insubordinados mallorquines.

Cuéntase que los primitivos baleáricos, al dirigirse á los combates, iban provistos de tres hondas, de distintas dimensiones, hechas de crines ó de tripa. Llevaban una al rededor de la cabeza, á manera de corona, otra ceñida á la cintura y la tercera en la mano.

Dichos insulares, al decir de Diodoro y de Estrabon, iban enteramente desnudos; pero Lycofronte refiere (y esto nos parece lo mas verosímil), que en todas las estaciones del año cubrían sus cuerpos con pieles de animales sin curtir. Estrabon cuenta que mas tarde tomaron de los fenicios el uso de las túnicas con muchos bordados, semejantes á las de los egipcios.

Luego de concluida la campaña siciliana acaeció la sublevación de los mercenarios que servían á las órdenes de Cartago. Los sublevados reclamaban sus estipendios y sueldos atrasados, y en número de veinte mil, se juntaron con setenta mil africanos (irritados por lo crecido de los tributos que se imponían á sus comarcas y ciudades), dirigieron á la metrópoli y la asediaron. A la sagacidad y diplomacia de Amílcar debióse tambien la conjuración de la tremenda tempestad que puso en gravísimo peligro la existencia de la república cartaginesa.

El hábil y famoso general que acabamos de citar, fue el designado para avasallar la Iberia y reducirla á la servidumbre cartaginesa. Grande fue la actividad que desplegó en la realización de dicha empresa, sobre todo al principio. «En el primer año recorrió la Bética, por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiéndoles tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Murcia y Valencia (1).»

En aquella ocasión los saguntinos enviaron una embajada al conquistador, á quien ofrecieron algunos presentes, manifestándole al propio tiempo que eran aliados de los romanos, cuya circunstancia podia bastar por sí sola para avivar mas en el ánimo del general cartaginés el deseo de poder y riquezas que le habia traído á España. Parece que el sagaz Amílcar despidió á los mensajeros de Sagunto con mucha benevolencia y procurando ocultar las intenciones que abrigaba en su pecho respecto de Sagunto, cuya toma ó ataque dirigió por entonces, esperando sin duda una oportunidad mas ventajosa para ello.

Amílcar continuó sus conquistas por la parte del Ebro y hasta los Pirineos, acompañado, segun unos, de Asdrúbal, su deudo, y de su hijo Aníbal, á quien hizo jurar solemnemente, desde su tierna infancia, odio eterno á los romanos.

A la embocadura del Ebro parece que los conquistadores celebraron con grandes fiestas y regocijo las victorias pasadas y la boda ó himeneo de Asdrúbal con Himilce, hija de Amílcar. Este, poco despues, fundó á Barcelona, dándole su apellido ó patronímico de Bareino.

En aquella ocasión intentaba tambien Amílcar hacerse dueño de Rosas y Ampurias, ciudades griegas que habian contraído una alianza con los saguntinos; pero los sucesos que ocurrieron hácia la parte occidental de la Iberia, á donde tuvo que acudir con presteza, frustraron por completo sus designios.

En vista de la actitud amenazadora de Cartago, varias colonias griegas establecidas en las costas del Mediterráneo contrajeron alianza con Roma para que esta les auxiliase en cualquier peligro ó ataque del comun enemigo.

Desde los mas remotos tiempos vese á la fuerza prevalecer muy á menudo sobre el derecho y al débil buscando el amparo y protección del poderoso. ¡Fenómeno singular, y que, por mas vueltas que demos á la imaginación para aclarárnoslo, no atinamos á señalarle otra causa que el espantoso desorden introducido en la tierra por la rebeldía de los dos primeros padres de la humanidad! Hé aquí la clave de todas las tiranías, las usurpaciones y los atropellos de que ha sido teatro el mundo. Por mas que los filósofos racionalistas se devanen los sesos y agucen su ingenio, no podrán darnos una explicación mas exacta, racional y luminosa que la que se desprende de las primeras páginas del Génesis acerca el asunto que nos ocupa.

Los cartagineses habian formado el proyecto de declarar la guerra á Roma tan pronto como fueron dueños de la codiciada Iberia. Con tal objeto establecieron una alianza con los galos de allende el Pirineo, á quienes Amílcar mandó embajadores con dádivas y oro para ganarse las voluntades de los principales de aquella nación, sabiendo que dicho pueblo podria ser un poderosísimo auxiliar para el logro de sus intentos.

Al emprender abierta y definitivamente la conquista de España, hácia el año 238 antes de la era vulgar, los cartagineses no dejaron de encontrar resistencia en algunos puntos, especialmente hácia el Norte del Betis, donde los naturales, capitaneados por Istolacio, segun refiere Diodoro Siculo, se levantaron contra los invasores, y tuvieron con estos un rudo encuentro en el que llevaron aquellos la peor parte.

El victorioso Amílcar asoló las tierras de los vencidos, y dió afrentosa muerte á los caudillos de los celtas, Istolacio y su hermano.

Los cartagineses contaban con un ejército aguerrido y disciplinado, elefantes y un material de guerra imponente. Así nada tiene de extraño que, por mas bravura y arrojo que supongamos en los hispanos, fueran estos derrotados completamente en varias ocasiones. La inmensa desventaja con que luchaban debía de hacer estériles é impotentes todos sus esfuerzos para rechazar al enemigo y recobrar su amenazada ó perdida independencia.

El segundo esfuerzo que hicieron los españoles, acaudillados por Indortes, para sacudir el yugo extranjero, tampoco dió mejor resultado que el primero; pues tras una encarnizada lucha y una heroica defensa, en una posición ventajosa, quedó el campo definitivamente por Amílcar, quien mandó sacar los ojos al jefe de los iberos, Indortes, condenándole al suplicio de la cruz. Esta victoria dió al vencedor diez mil prisioneros, á los cuales puso en libertad con la principal mira de atraerse las simpatías de los naturales y de que estos abandonaran su actitud hostil y agresiva.

Sin embargo con esa táctica el General cartaginés solo consiguió alguna tregua, mas no conjurar los peligros que podian amenazarle en lo sucesivo.

(1) Modesto La Fuente, *Historia de España*, tom. I, cap. III, pág. 211.



BATALLA DE HELICE.

CAPITULO VI.

Batalla de Hélice. — Derrota de los cartagineses y muerte de Amílcar. — Nombramiento de Asdrúbal. — Su venganza. — Fundacion de Cartagena. — Política de Asdrúbal. — Asesinato de Asdrúbal. — Eleccion de Anibal. — Retrato de Anibal. — Sus primeras operaciones militares.

A pesar de las desfavorables circunstancias en que se hallaban respecto de sus adversarios, no fueron estos quienes cayeron siempre á sus sienes el laurel de la victoria en los varios combates que trabaron con los hispanos.

Después de sus triunfos sobre los ejércitos de Istolacio y de Indortes, compuesto de cincuenta mil combatientes, Amílcar se dirigió hacia la costa oriental, donde había hecho construir una fortaleza, llamada *Acra-Leuka*, por estar situada sobre una roca blanquecina, en cuyo punto se levanta hoy Peñíscola. En dicha fortaleza tenían los de Cartago sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Allí vivía también y se desarrollaba el joven Anibal, que solo contaba nueve años de edad al venir á España con su padre, y que debía representar mas tarde un papel tan importante en el escenario del mundo.

Poco tardó el General cartaginés en hallar mas vigorosa resistencia y en ver eclipsarse la estrella de su fortuna.

Amílcar puso sitio á una ciudad, denominada antiguamente Hélice ó Vélice, que, según el parecer de un historiador, fue Belchite, aunque Romey dice que era Ilicis, hoy Elche, en el reino de Murcia.

La defensa de los moradores de dicha ciudad dió lugar á los celiberos para acudir á su socorro. Sin embargo, viendo los contrarios de los cartagineses que no podía obtenerse la victoria por medio de la fuerza, recurrieron á la astucia.

Muchas tribus marítimas no tuvieron otro remedio que aliarse con los de Cartago para evitar su destruccion y aniquilamiento. Una de ellas tenía algunas tropas en el campamento de Amílcar. Su jefe, llamado Orisson, hizo un convenio con los sitiados á fin de socorrer la plaza y derrotar á los sitiadores. Dicese que Orisson se fingió amigo de Amílcar, para hacer armas contra este á la primera ocasion propicia.

Los españoles, capitaneados por Orisson, echaron mano de una ingeniosa estratagemata para lograr su objeto.

Los elefantes de guerra, que tantos estragos habían causado en Sicilia en las filas de los romanos, y que tanto terror infundieron en estos, no hacían gran mella en el ánimo de los iberos, quienes apelaban á los ardidés de guerra para contrarrestar el efecto de las terribles máquinas ó fortalezas vivientes de sus opresores.

Los celiberos colocaron delante de sus filas una multitud de carros, tirados por bueyes ó bravos novillos. Sea que llenasen dichos carros de materias inflamables, sea que ataran á las astas de los novillos haces de paja y leña embreadas, ó rociadas con brea, sucedió que al empezar la refriega pegaron fuego á dicho combustible, lo cual enfureció de tal modo á los expresados brutos, que echaron á correr hacia el enemigo como un torbellino inmenso de llamas introduciendo el mas terrible desorden entre sus tropas, elefantes y caballos.

Orisson aprovechó aquella inexplicable confusion del campo de los contrarios para declararse contra estos y poner en vergonzosa fuga á los cartagineses y á su célebre caudillo, que unos suponen si pereció en la misma batalla, ó mientras huía, y en el acto de vadear un rio con su caballo. Dicese que fue el Guadiana.

Tal fue el fin de Amílcar después de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España.

Los dispersos fugitivos del sangriento combate de Hélice, así como el resto del ejército del difunto General cartaginés, se refugiaron en Peñíscola ó *Acra-Leuka*, donde nombraron á Asdrúbal por sucesor de su suegro Amílcar. Esto sucedió hacia el año 524 de la fundacion de Roma.

El Senado de Cartago no estuvo al principio muy conforme con la eleccion de Asdrúbal, pues estaban divididos los pareceres entre las dos familias rivales y poderosas de los Hannon y los Barca. Mas por último, y después de acalorados debates, prevaleció el partido de los segundos, quedando en consecuencia autorizado y ratificado el nombramiento del expresado caudillo. Dicese también que el viaje del joven Anibal á Cartago inclinó la opinion del Gobierno hacia los Barca.

Asdrúbal pensó desde luego en vengar la muerte de su suegro y en las represalias y desquite de la catástrofe de Hélice.

Así, pues, se introdujo con sus tropas en el territorio de los vencidos, donde sembró el terror, la devastacion y el exterminio. Tomó varias ciudades, y hasta se cree que llegó á apoderarse de Orisson, á quien sacrificó acaso en aras de su venganza.

Si es cierto que Orisson aparentara ser aliado de Amílcar para desertar de sus filas y aun hacer armas contra este cuando llegara el caso, la conducta del jefe de los celiberos merece la mas severa censura, y no debe ser parte el sentimiento de patriotismo para atenuar su gravedad, ni mucho menos para intentar justificarla ante el inexorable tribunal de la historia.

Hacia la region que habitaban los contestanos, y frente al África, fundó Asdrúbal una ciudad que llamó Cartago la Nueva, hoy Cartagena, para distinguirla de otra que su suegro había fundado cerca del rio Ebro.

La excelente situacion topográfica de Cartagena y la seguridad que ofrece su golfo, protegido de los vendavales por varios collados y cerrado por una isleta, decidirían sin duda al jefe de los car-

tagineses á elegir aquel sitio de preferencia á cualquier otro. Allí estableció su cuartel general; y al paso que dicho punto constituía una avanzada hacia el África, podía servirles de atalaya para dominar las colonias del Mediterráneo, aliadas de Roma, y escurrir cuanto en ellas ocurriera.

La política de Asdrúbal consistía principalmente en afianzar las posesiones cartaginesas en España por medio de alianzas y tratos de paz. Las huestes de Asdrúbal recorrieron todo el litoral hispano desde la margen izquierda del Ebro hasta la Lusitania, hoy Portugal, afirmando en todas partes la dominacion de Cartago, como acabamos de decir.

Para captarse mas las voluntades de los naturales, el jefe cartaginés, después de la muerte de Amílcar, y á pesar de su primer matrimonio con la hija del último, no reparó en contraer segundas nupcias con la hija de uno de los caudillos de los celiberos, según refiere Diodoro Siculo.

No consiguió Asdrúbal mas que á medias, por decirlo así, el objeto que se proponía con su política hábil y conciliatoria.

Las colonias griegas del Mediterráneo, alarmadas por las conquistas de Cartago en España, y temiendo su peligrosa vecindad, solicitaron la proteccion de Roma, conforme hemos indicado, resultando de ello la estipulacion de un tratado entre las repúblicas africana y romana, en el que se fijaba el Ebro por límite de la dominacion cartaginesa; declarándose además neutrales ó aliadas de Roma las ciudades griegas, inclusa Sagunto y su territorio.

Dicho tratado se levantaba como una valla insuperable para la ambicion de Cartago. Era como una mordaza ó freno que contenía su desmedido orgullo, y necesariamente debía aguardar con febril ansiedad el momento oportuno para romperlo y tomar el desquite de su humillacion. Para el logro de sus deseos, á la liga ó confederacion de las colonias griegas á favor de Roma, apresuróse Asdrúbal á oponer otra liga de varias tribus españolas á favor de Cartago.

Ocho años duró el gobierno de Asdrúbal en la Iberia, al cabo de los cuales parece que un esclavo, llamado Tago, asesinó á dicho General, dándole de puñaladas al pié de los altares donde se hallaba sacrificando.

No se sabe positivamente si Tago quiso vengar la muerte de su señor ó el suplicio del traidor Orisson. Dicese que fue tal la satisfaccion ó placer que experimentó Tago al consumar su asesinato, que soportó con la mayor impasibilidad y alegría los atroces tormentos que le hicieron sufrir los cartagineses hasta que exhaló el postrer suspiro.

La muerte de Asdrúbal, acaecida hacia el año 538 de la fundacion de Roma, motivó el nombramiento de su cuñado Anibal por el Senado de Cartago.

A causa de las rivalidades entre las dos poderosas fracciones de los Hannon y los Barca, Anibal se hallaba detenido en Cartago, como en rehenes ó en garantía del buen gobierno de Asdrúbal en España.

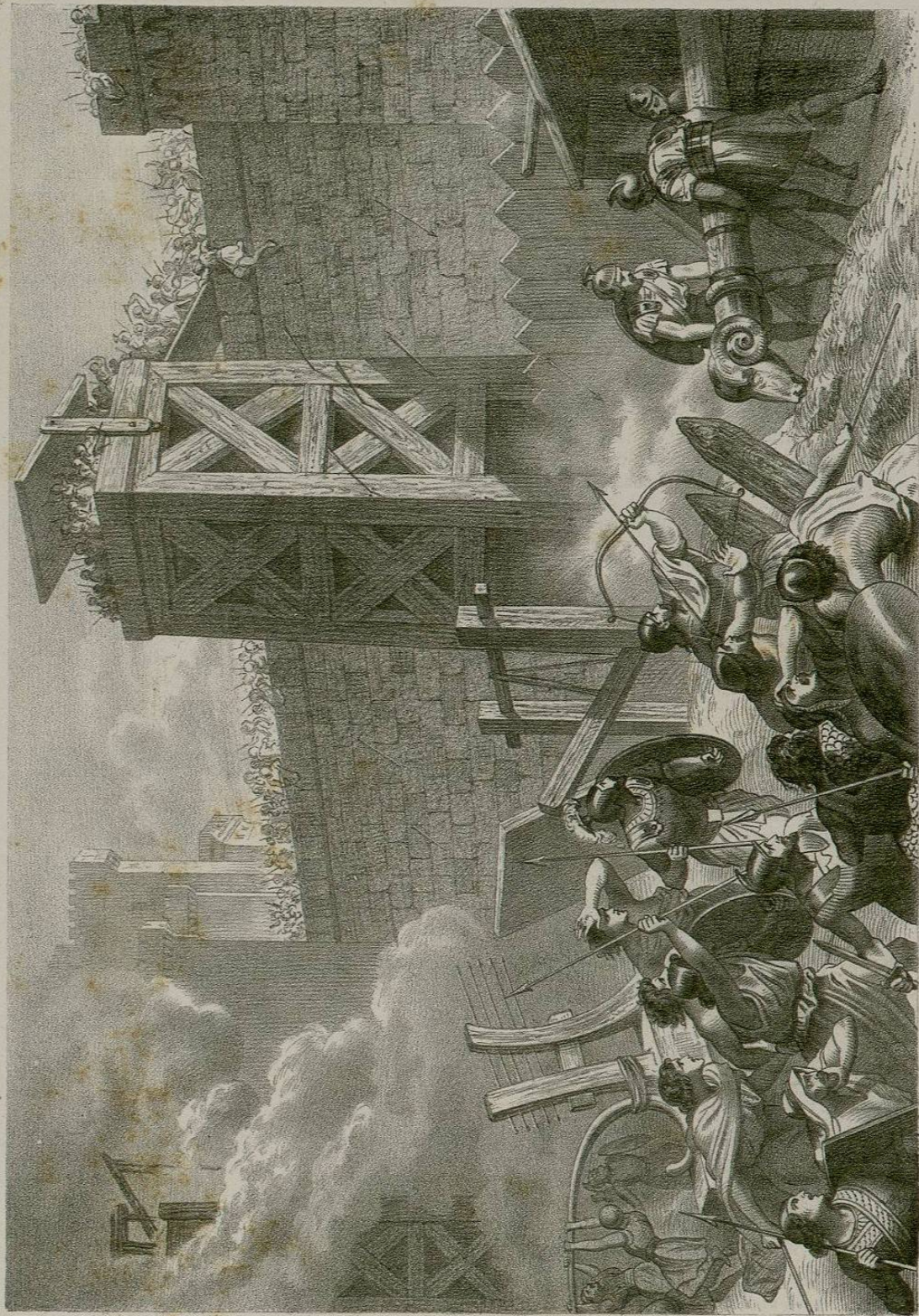
Si exceptuamos la irreligiosidad de que se le acusa y los abominables vicios que empañaban el cristal de su conducta (que parecían ser comunes á todos los generales de la corrompida república cartaginesa), poseía Anibal todas las grandes cualidades de un hombre de guerra. Juventud, robustez y agilidad de cuerpo, sobriedad, talento militar y político, valor, sed de gloria, afabilidad, hidalguía de sentimientos, algunas veces; todo ese raro conjunto de prendas físicas, intelectuales y morales se hermanaba y condensaba en la persona del hijo de Amílcar, atrayéndole las simpatías del pueblo y del ejército.

Era evidente que el Gobierno de Cartago no podía haber elegido un hombre mas á propósito para secundar sus ambiciosas miras y oponer al poderío, siempre creciente, de la orgullosa reina del Capitolio.

Roma y Cartago, esos dos colosos que habían ya medido sus fuerzas en Sicilia, debían luchar encarnizadamente entre sí hasta que una de las dos sucumbiera. Ambas aspiraban á dominar el mundo y á tenerlo encadenado á sus plantas; ambas se sentían abrazadas por la misma sed de poder y riquezas; ambas estaban dotadas de ese espíritu guerrero y avasallador que no sufre trabas, ni tolera humillaciones, ni admite mas razon que la espada, ni mas argumento que la fuerza.

Las primeras operaciones de Anibal en España fueron su expedicion contra los olcadas, moradores de las márgenes del Tajo, á los cuales subyugó fácilmente; luego internóse en la region de los carpetanos y los vacceos, donde taló los campos y se apoderó de varias ciudades, llegando hasta Elmántica ó Salamanca, á cuyos habitantes obligó á huir con sus hijos y mujeres hacia las vecinas sierras, permitiéndoles regresar después, pero con la condicion de servir con lealtad la causa de Cartago. Hay quien supone que las mujeres de Elmántica (en vez de salvar las alhajas, en virtud de una capitulacion, sacaron de la ciudad las armas con que luego debían combatir sus esposos y sus hijos (1)).

(1) Ortiz de la Vega, *Anales de España*, lib. II, cap. V, pág. 129.



SITIO DE SAGUNTO.